

lio, 1676), el príncipe de Orange embestia la disputada plaza de Maestrick con un ejército compuesto de tropas holandesas, alemanas, inglesas y españolas. Grandes esfuerzos hizo el joven statuder para recobrarla: muchos y muy sangrientos combates hubo entre sitiadores y sitiados; muchos estragos causaron en unos y en otros las minas que se volaban; á costa de mucha sangre se tomaba y se perdía cada fuerte, cada bastion, cada reducto, cada camino cubierto. Pero acudiendo el mismo Schomberg, que hasta entonces había estado deteniendo á Villahermosa, en socorro de la plaza, resolvieron los confederados en consejo de generales levantar el cerco (agosto, 1676). No fué poco el mérito del statuder en saber retirarse burlando á fuerza de estratagemas al enemigo. Terminó la campaña de este año en Flandes rindiendo el mariscal Humieres el fuerte de Liviek, tomando el de Crequi el castillo de Bouillon, el de Link y algunos otros de menos importancia (1).

Aunque no tan triunfantes las armas francesas en Alemania, sin embargo tambien ganaron allí algunas victorias. La ciudad de Philipsburg cayó en poder del mariscal duque de Luxemburg; el duque de Lorena, que había reemplazado al célebre Montecuculi en el mando del ejército imperial, se retiró sin gloria á cuarteles de invierno (octubre, 1676), y el mariscal francés situó sus tropas en la Alsacia y la Lorena.

No se descansaba en la parte del Rosellon y Cataluña. El marqués de Cerralbo había sustituido en el vireinato del Principado al veterano Tuttavilla, duque de San German. A Schomberg había reemplazado en el mando de las tropas francesas el mariscal de Noailles, que disponia de quince mil hombres, con mas unas compañías de miqueletes franceses que formó á imitacion de los catalanes. A fines de abril (1676) pasó el francés revista á sus tropas, mudó la guarnicion de Bellegarde, que los españoles habían estado á punto de ganar por secretos tratos, y entró en el Ampurdan por el Coll de Pertús, tomó á Figueras haciendo prisionero un tercio catalan sin que se escapara un solo hombre, hizola depósito de víveres, y continuó su marcha sin tropiezo. Gente nueva y sin experiencia los soldados españoles que se reunian en las cercanias de Gerona, no se atrevieron á hacer frente al mariscal francés. Sin embargo, salieron á dos leguas de la ciudad, con voz, pero no con intencion de ir á atacar al enemigo: mas sabedores por los miqueletes de que un cuerpo de infanteria y dragones franceses, iba sobre ellos con la confianza de destruirlos como bisoños, tuvieron á bien retirarse al abrigo de la ciudad.

Todo el empeño y todo el afán de Noailles era exterminar los importunos miqueletes, que no dejaban reposar sus tropas, como antes no habían dejado descansar las de sus antecesores. Con orden de perseguirlos sin tregua hasta en los lugares mas ásperos destacó al mariscal Cabaux con todos los dragones y bastante infanteria; pero dividiéndose los miqueletes en tres trozos para mejor burlar la persecucion y hacer mas libremente sus excursiones, conocedores del pais, hurtábanle al mariscal ligeramente las vueltas, y cuando creía llevarlos delante encontrábase acometido por la espalda ó por los lados, confundíase y se fatigaba sin fruto, hasta que cansado tuvo que renunciar á la persecucion, y cuidar él mismo de librarse de ella. Disminuido luego el ejército francés por haber desmembrado cuatro mil hombres para enviarlos tambien á Sicilia (julio, 1676), limitóse el de Noailles el resto del año á mantener sus tropas á costa del pais y con gran vejámen de los pueblos, hasta que aproximándose la estación fria y distribuyendo su gente entre el Ampurdan y el Rosellon se retiró á Perpiñan, desde donde hacia solamente algunas excursiones (2).

Menos feliz fué todavía para los españoles la campaña de Cataluña el año siguiente (1677). Sucedió al marqués de Cerralbo en el vireinato el príncipe de Parma, que al poco tiem-

(1) Cartas y despachos de Lamoy, de Estrades, de Colbert y de Avaux: correspondencia de Holanda.—Basnage, Historia de las Provincias Unidas, t. II.—Obras de Luis XIV, tom. IV.—Gacetas españolas del reinado de Carlos II.—Noticias extraordinarias del Norte.

(2) Epítome histórico de los sucesos de España, etc. MS.

po, sin causa que aparezca justificada, fué reemplazado por el conde de Monterrey, gobernador que había sido de Flandes. Aunq se determinó enviar á Cataluña las tropas destinadas á Sicilia, y el Principado hizo un gran donativo para la guerra, y muchos grandes y nobles de Castilla tomaron las armas, procedióse con tanta lentitud, que eran ya fines de junio (1677) cuando el de Monterrey pudo ponerse en marcha con un ejército de cerca de doce mil hombres, cuyo maestre de campo general era don José Galceran de Pinós, á fin de atacar al mariscal de Noailles que con sus ocho mil infantes infestaba y asolaba los pueblos del Ampurdan. Esperó el francés en posicion ventajosa al pié de una montaña y al otro lado del rio Orlina. Acampó el de Monterrey y puso en batalla su gente á tiro de cañon. Estuvieron unos y otros algunos dias observándose y haciendo algunos movimientos, pero sin venir á las manos. El 4 de julio levantó el francés su campo y fué retirando con mucho silencio. Siguiéronle los nuestros llenos de confianza, y especialmente la nobleza, que creyó llegado el caso de cubrirse de gloria. Mas viendo el de Noailles el desórden con que la vanguardia española acometia su retaguardia, mandó hacer alto y disparar la artilleria. Empeñóse con esto una seria y brava pelea, que duró de cinco á seis horas, y en que nuestra inexperta nobleza pagó su ardor y su ciega confianza. Allí cayó mortalmente herido el duque de Monteleon, que guiaba la vanguardia; allí sucumbieron el joven marqués de Fuentes, el vizconde de San Jorge y otros caballeros españoles y alemanes. El conde de Monterrey puso en buena ordenanza toda su gente, recogiendo la deshecha vanguardia, y el combate se hizo general, con no poco estrago de una y de otra parte; mas cuando le pareció al francés conveniente prosiguió su marcha y ganó el Rosellon. Por mas que en Barcelona y en Madrid se celebrara como un triunfo esta jornada, la verdad es que sufrimos lamentables pérdidas, y que nuestro ejército quedó quebrantado, y gracias que el enemigo no hizo en el resto de aquel año mas irrupciones.

La que hizo al año siguiente (abril, 1678) fué trayendo su ejército reforzado hasta veinte mil hombres, con el cual emprendió el sitio de Puigcerdá, capital de la Cerdeña. Guarneciala el bravo oficial don Sancho Miranda con dos mil hombres de tropa y setecientos ciudadanos armados. Esfuerzos prodigiosos de valor hizo el don Sancho en un mes entero que duró el sitio, y en el cual los franceses abrieron muchas brechas, hicieron y volaron muchas minas y dieron varios asaltos. El conde de Monterrey, que se movió con trece mil hombres como para dar socorro á la plaza, contentóse con situarse frente al ejército sitiador, sin atreverse á atacar sus cuarteles, y luego se retiró dejando abandonado al gobernador de Puigcerdá, que con aquella retirada imprudente se vió precisado á capitular (28 de mayo, 1678), con condiciones dignas de su gloriosa defensa. Conquistada y guarnecida esta plaza por el francés, volvióse al Rosellon á descansar de las fatigas del sitio. Pero en setiembre penetró de nuevo en Cataluña, y pasó aquel mes y el de octubre entre el Ampurdan y la Cerdeña subsistiendo á expensas de ambos paises, y sin acometer empresa considerable. Por último, con noticias que el mariscal francés tuvo de estar para concluirse el tratado de paz general, hizo destruir las fortificaciones de Puigcerdá y otros castillos que poseian los franceses, para que no pudiesen servir á los españoles en el caso de una nueva guerra (3).

Habian estado en este tiempo principalmente empleadas la atencion y las fuerzas de Luis XIV en los Países Bajos, de cuya posesion se había propuesto despojar á España. Y aunque había manifestado deseos de paz y sido el primero en enviar sus plenipotenciarios á Nimega, no por eso renunció á la prosecucion de sus conquistas. Hizolas ahora con mas rapidez por el abandono de la corte de España en enviar socorros á Flandes. Abrióse esta vez la campaña por el sitio de Valenciennes (febrero, 1677), á cuyo campo llegó el monarca desde Paris el 4 de marzo, no obstante el rigor de la estación. La plaza de Valenciennes, fuertísima y de las de primer orden,

(3) Bruzen de la Martiniere, Hist. de la vida y reinado de Luis XIV, tom. III.—Basnage, t. II.—Epítome histórico, etc.

que se tenia casi por inexpugnable, se rindió á los franceses (17 de marzo), no sin sospechas de haberse debido en gran parte á secretas inteligencias con los de dentro. Asediada despues y embestida la ciudad fuerte de Cambray, se entregó tambien al rey Luis por capitulacion (6 de abril). El duque de Orleans, hermano único del rey, batió y derrotó en campal batalla al príncipe de Orange en Cassel, con pérdida de mas de cinco mil de los aliados entre muertos y prisioneros, y de los cañones, morteros, provisiones y muchos estandartes. Despues de lo cual continuó el de Orleans el sitio que tenia puesto á Saint-Omer, y la rindió tambien por capitulacion (22 de abril).

El príncipe de Orange, despues de la derrota de Cassel, reunió todas sus tropas y las aumentó hasta formar un ejército de cincuenta mil hombres, incluso los españoles, con el cual, despues de algunos movimientos para aparentar que iba á poner cerco á Maestrick, cayó sobre Charleroy. Pero habiendo acudido los mariscales de Luxemburg y de Humieres, y deteniendo el de Crequi al duque de Lorena que marchaba á darle refuerzo, levantó el sitio (14 de agosto, 1677), y se retiró sin aceptar la batalla de los franceses, contra el parecer del duque de Villahermosa. Con mejor suerte el de Luxemburg, se apoderó en diciembre de la plaza de San Guillaín, con que terminó la campaña de 1677 en Flandes, tan ventajosa para los franceses como desastrosa é infausta para holandeses y españoles (1).

Por un nuevo tratado que hicieron entre sí la Inglaterra, Holanda y España, y que se firmó en La Haya (16 de enero, 1678), fueron retiradas de Francia las tropas inglesas que estaban al servicio del rey Luis, y á petición del príncipe de Orange suministró la Gran Bretaña una escuadra de ochenta bajeles de guerra, con treinta mil soldados. Viéndose tan seriamente amenazado Luis XIV, resolvió separar la Holanda de la confederacion, ofreciéndole partidos ventajosos, para poder dictar la ley á las demás naciones; y á fin de obligar á España á dar oídos á las condiciones de paz que queria imponerle, se propuso intimidarla, moviendo todos sus ejércitos á un tiempo, sin revelar á nadie sus planes y designios, y haciéndolos marchar y contramarchar con órdenes reservadas y misteriosas, que á nadie dejaban adivinar sus proyectos. Asombrado se quedó el duque de Villahermosa que gobernaba por España los Países Bajos, cuando supo que los franceses atacaban á un tiempo á Iprés, Namur, Luxemburg y Mons.

No menos sorprendió al gobernador de Gante, don Francisco Pardo, oficial español de gran valor, intrepidez y prudencia, ver atacados los arrabales de la ciudad por el ejército de Humieres (marzo, 1678), hallándose sin tropas para defenderla. Hizo sin embargo heroicos esfuerzos, abrió las esclusas é inundó el pais: pero al cabo de ocho dias tuvo que rendirse (9 de marzo) por falta absoluta de medios para prolongar mas la defensa. Igual suerte cupo á la de Iprés (25 de marzo), cuyo sitio dirigió el rey en persona. Indignó á los ingleses la conquista de estas dos plazas, por el menosprecio que el francés hacia de su empeño y compromiso en la conservacion de la Flandes española. Empeñábase el parlamento en que se había de declarar la guerra á Francia, pero Carlos, ó ganado por la corte de este reino, ó bien hallado con su vida de deleites, lo difirió cuanto pudo, hasta que al fin la declaró (9 de mayo). Este paso, dado algun tiempo antes, hubiera podido ser mas provechoso á los aliados: mas como quiera que las negociaciones de la paz, entabladas en Nimega, aunque conducidas con lentitud, estuviesen ya adelantadas, y como quiera que los holandeses, mas cansados de guerra que los demás, se mostrasen tambien mas dispuestos á aceptar el tratado de paz con Francia, la guerra de los Países Bajos fué ya menos viva, si bien no se interrumpieron las operaciones.

Los dos ejércitos, el de los franceses y el de los aliados, se

(1) Correspondencia de Holanda, Coleccion de Documentos históricos para la historia de Francia.—Basnage, Historia de las Provincias Unidas, tom. II.—Obras de Luis XIV.—Noticias extraordinarias del Norte, impresas en Zaragoza, 1677.—Coleccion de Gacetas de este reinado.

dieron todavía un sangriento combate delante de Mons (agosto, 1678), y aun creyeron unos y otros que se renovaria al dia siguiente, cuando llegó á los dos campos la noticia de haberse firmado la paz que puso término á esta larga y calamitosa guerra, y de cuya historia y condiciones daremos cuenta separadamente, por lo mucho que influyó en la situacion sucesiva de los Estados de Europa (2).

CAPÍTULO IV

Rebelion de Messina

DE 1674 A 1678

Causa y principio de la rebelion.—Medidas del virey para sofocarla.—Proteccion y socorro de los franceses á los sublevados.—Van tropas de Cataluña contra ellos.—Reconocen los rebeldes por soberano á Luis XIV de Francia.—Don Juan de Austria se niega á embarcarse para Sicilia.—Armada holandesa y española.—Ruyter.—Combates de la escuadra aliada contra la francesa.—Muerte de Ruyter.—Destruccion de la armada holandesa y española.—Nuevos esfuerzos de España.—Odio de los sicilianos á los franceses.—Declaracion de Inglaterra contra la dominacion francesa en Messina.—Retira Luis XIV sus naves y sus tropas de Sicilia.—Término de la rebelion.—Rigor en los castigos de los rebeldes.

Dijimos en el capítulo anterior, que en el verano de 1674 había sido necesario desmembrar una parte del ejército de Cataluña para enviarla á Sicilia á fin de sofocar una rebelion que acababa de estallar en Messina contra el gobierno español.

Nació esta rebelion de haber querido el gobernador español don Luis del Hoyo quitar á los messineses el gobierno particular con que ellos se regian, y con el cual vivian gozando de una completa libertad en medio de una monarquía absoluta. Para conseguirlo intentó destruir el poder de la nobleza acariiciando al pueblo. Una carestía que se experimentó había dado ocasion á que los populares se levantaran contra el senado, incendiando y devastando las casas de los senadores. Don Luis del Hoyo aprovechó aquella escision para proponer que se compartiera la autoridad entre nobles y plebeyos, mas no por esto los tumultos cesaron, y se formaron en Messina dos partidos, uno de ellos, el mas poderoso, apegado á su antigua constitucion y enemigo de los españoles, cuyas intenciones sospechaba. El sucesor de don Luis del Hoyo, don Diego de Soria, marqués de Crispano, creyó que el mejor medio para sujetar á los senadores que eran de este partido era el rigor, y llamándolos una mañana á su palacio los hizo prender. Al rumor de este suceso se alborotó la poblacion, tomaron las armas los dos partidos, llamados los *Malvazzi* y los *Merli*, chocaron entre sí, y vencedores los *Malvazzi* que eran los mas, dirigiéronse al palacio del gobernador, hicieronle soltar los presos (agosto, 1674), le depusieron del cargo, é intentaron apoderarse de su persona, pero lo impidió la artilleria del fuerte de San Salvador disparando contra la muchedumbre. El virey de Sicilia, marqués de Bayona, llamó tropas para sujetar la ciudad sublevada, y pidió socorros al virey de Nápoles, marqués de Astorga; pero hacíanle falta las galeras de Malta y de Génova para dominar el mar.

Los messineses, viendo el peligro que corrian, aunque se habían ido apoderando de casi todos los fuertes y arrojado de ellos á los españoles, determinaron pedir auxilio á Luis XIV de Francia, por medio del embajador francés en Roma, duque de Estrées (3). El monarca francés, que hacia tiempo deseaba intervenir en la vida politica de Italia, y que vió tan buena ocasion de cooperar tambien en aquella parte al abatimiento del poder español, acogió con avidez la proposicion, y al momento ordenó que el caballero Valbelle fuese con una

(2) Obras de Luis XIV, t. IV.—Gacetas de 1678: Noticias recibidas del Norte.—Basnage, Historia de las Provincias Unidas.—Memorias de las negociaciones de Nimega.—Correspondencia de los generales de los Países Bajos con Luis XIV y con la corte de España.—Documentos inéditos.

(3) Fué el encargado de esta comision Antonio Caffaro, hijo del senador Caffaro, el personaje mas influyente en aquellas circunstancias.

pequeña flota á llevar provisiones á los de Messina. A la aproximación de este socorro los messineses abatieron las armas españolas, á los gritos de ¡Viva Francia! ¡Muera España! Las provisiones entraron, merced á la inmovilidad de don Beltran de Guevara, que mandaba las galeras de Nápoles, el cual estaba ya en el puerto, y nada hizo para impedirlo. A instigación de Valbelle atacaron los messineses el fuerte de San Salvador, y despues de minado intimaron la rendición al gobernador, que capituló á condicion de entregar la plaza si dentro de ocho dias no le llegaban socorros.

Con noticia de estas novedades la corte de Madrid mandó embarcar para Sicilia una parte de las tropas que operaban en Cataluña, y nombró virey al marqués de Villafranca, que con aquellas tropas y las que de Milan acudieron, se propuso estrechar la ciudad. Pero al propio tiempo, y cuando ya el hambre apuraba á los de dentro, arribaron diez y nueve navas francesas con bastimentos y soldados (3 de enero, 1675), y á poco tiempo llegó el duque de Vivonne, comandante de las fuerzas marítimas de la Francia en el Mediterráneo, con nueve navíos gruesos y algunas fragatas (febrero); enarboláronse en Messina de orden del senado las banderas de Francia, y desembarcado que hubo el francés le fueron entregados los puestos principales de la ciudad, y se le hicieron los honores como á quien iba investido del título de virey. Pero la entrada en el puerto le habia costado un terrible combate, en que al fin quedó victorioso, teniendo que retirarse á Nápoles la escuadra española. El almirante francés declaró que Luis XIV habia tomado bajo su benévola protección la ciudad de Messina, en cuya virtud se prestó en la catedral con toda la ceremonia el juramento de fidelidad al nuevo soberano (28 de abril, 1675), y el virey á su vez juró á nombre de su monarca guardar los fueros, privilegios y libertades de los messineses.

Mas si los franceses dominaban en la ciudad, no así fuera de allí, ni en el resto del reino, donde eran aborrecidos. Palermo se declaró contra ellos; nobles y paisanos se armaban por todas partes para resistirles; y si bien para neutralizar aquel movimiento de repulsion publicó Luis XIV un manifiesto declarando que su intencion era libertar á los sicilianos de la dominación española y proteger el restablecimiento del trono nacional, dejándoles elegir un rey de su sangre, así y todo el duque de Vivonne tenia que estar encerrado en la ciudad, sin atreverse á emprender expedición alguna, hasta que le llegaran nuevos refuerzos navales (junio), con los cuales pudo acometer algunas ciudades de la costa, y apoderarse de Agosta y de Lentini (agosto, 1675).

En vista del aspecto que presentaban los negocios de Sicilia, la reina regente de España pidió socorros á la Holanda como aliada nuestra que era, y nombró á don Juan de Austria virey y general de todos los dominios españoles en Italia, con lo cual se proponia alejarle del reino, donde siempre le estaba inspirando recelos y temores. La república respondió al llamamiento enviando al almirante Ruyter, que llegó á Cádiz con veinticuatro navíos de guerra (28 de setiembre, 1675), y desde allí pasó á Barcelona, donde se le debian reunir las tropas de don Juan de Austria destinadas á la expedición. Pero el hermano bastardo del rey, á quien este por consejo de su confesor habia escrito una carta de su puño llamándole á la corte, vino á Madrid, y desde aquí avisó al almirante holandés que podia embarcarse, pues él no pensaba partir para Sicilia. Y era que el rey estaba muy próximo á cumplir la mayor edad, y los enemigos de la reina madre tenian ya preparado el terreno para sustituir al influjo de la regente el de don Juan de Austria en los consejos del joven soberano.

Partió, pues, Ruyter de Barcelona sin llevar tropas de España, y despues de sufrir dos borrascas en el tránsito arribó á Sicilia, donde se le incorporó la flota española. El 7 de enero (1676), hubo ya un recio combate cerca de Stromboli entre las escuadras holandesa y francesa, mandada esta última por Duquesne, en que ambas quedaron maltratadas, sin resultado definitivo para ninguna. Al mismo tiempo el ejército español de tierra batía cerca de San Basilio en la vecindad de Messina á los franceses y messineses reunidos. Cuando nuestras

tropas se hallaban á tiro de cañon de la ciudad, Ruyter se aproximó tambien al puerto con la armada, y quedó aquella circuida por mar y tierra. Mas luego en una segunda batalla naval que las dos escuadras enemigas se dieron cerca de Agosta (21 de abril, 1676), hubo la desgracia de que el almirante holandés Ruyter fuese mortalmente herido, rotas las dos piernas, con lo cual tuvo que retirarse á Siracusa, donde murió á los pocos dias (29 de abril). General de mar de los mejores que se habian conocido, su muerte fué una pérdida irreparable para Holanda y España. La escuadra de los aliados estuvo un mes reparándose en Siracusa; la francesa hizo lo mismo en Messina; mas habiendo aquella hecho rumbo hácia Palermo, fué tercera vez acometida por la de Francia (2 de junio), á las órdenes del duque de Vivonne. En este combate tuvimos desastres y pérdidas horribles; incendiada la almiranta española, todos se apresuraron á cortar los cables y á huir de las llamas. Quemáronse tambien varios brulotes para que no cayeran en manos de los enemigos; las piezas de hierro y madera que hizo saltar la pólvora sumergieron otras embarcaciones, y quitaron la vida á multitud de oficiales, soldados y marineros. Entre holandeses y españoles se perdieron cerca de cinco mil hombres, siete navíos de guerra, seis galeras, siete brulotes, varios buques menores y setecientas piezas de artillería.

Resultado de esta gran derrota fué abandonar la escuadra aliada los mares de Sicilia á merced de los franceses, que sin estorbo pudieron ya socorrer á Messina. Y aprovechándose el duque de Vivonne de la imposibilidad en que España habia quedado de reparar de pronto las pérdidas, hizo sus irrupciones á la Calabria: apoderóse de Merilli en el Carlentino: Taormina y su castillo se le entregaron sin resistencia; los españoles defendieron á Scaletta con valor, pero al fin tuvieron que rendirse, y las fortalezas próximas á Messina cayeron en poder del virey de Francia.

Hizo, no obstante, España todo género de sacrificios por la conservacion de aquella isla. El nuevo virey de Nápoles, marqués de los Velez, obtuvo de la nobleza y del pueblo un donativo de doscientos mil ducados para sostener las tropas sicilianas. Portocarrero, nombrado virey de Sicilia, reparó en lo posible los desastres de nuestra flota y la puso en aptitud de volver á servir. Los franceses no hacian progresos, porque eran aborrecidos de los naturales del país, y en la misma ciudad de Messina se conspiraba contra ellos: muchos de los que antes los proclamaron, cansados ó irritados con su violencia, deseaban volver á la obediencia de España; y la Inglaterra en las conferencias de Nimega (1677), se mostraba dispuesta á declararse contra el rey Luis, si persistia en seguir ocupando un punto tan importante en el Mediterráneo. Por último, el tratado que mas adelante hicieron Inglaterra, Holanda y España, convenció al monarca francés de que no le era posible conservar aquella ciudad y sus fortalezas, y determinó abandonarlas y retirar sus navas y sus soldados de Agosta y de Messina (1678). Y como el duque de Vivonne repugnara ejecutarlo, fué enviado en su lugar el mariscal de la Feuillade. El nuevo virey francés, so pretexto de una expedición que decia proyectar contra Catana y Siracusa, preparó sus tropas y sus bajeles: hecho esto, convocó el senado, y leyó las instrucciones que llevaba para abandonar la Sicilia. Asombráronse todos, y los comprometidos en la rebelion se llenaron de consternación y de espanto. Todas las súplicas que hicieron al mariscal para que difriese su partida fueron inútiles: el francés estuvo inexorable.

Al arrancar la flota del puerto (16 de marzo, 1678), los messineses se precipitaban en tropel y se lanzaban á los buques, temerosos del castigo que esperaban de los españoles. Los mas fueron rechazados, y solo se admitió á unas quinientas familias, pertenecientes muchas á la nobleza. El 9 de abril entraba la escuadra en el puerto de Tolon. Además abandonaron la ciudad hasta siete mil habitantes huyendo la venganza que del gobierno de España temian. Y no iban infundados en temerla: porque si bien el gobernador, que lo era entonces Vicente de Gonzaga, prometió una amnistia provisional, aquella clemencia no gustó á la corte de Madrid, que envió en su lugar al conde de Santo-Stéfano, virey de Cerdeña, con orden

GALEONES Y NAVÍOS DEL SIGLO XVII

A pesar de los adelantos de la náutica y arte de marear que en este siglo hicieron tomar gran incremento á la marina, las formas de las navas continuaron subordinando, digámoslo así, sus propiedades marineras á la manía de la exagerada ornamentación y el aparato decorativo que dominaba en la época. Así vemos las navas de aquel tiempo sumamente recargadas de adornos y molduras, de pinturas y dorados, y ostentando sobre sus cubiertas empinados castillos y alcázares que llegaron ya á cambiar á fuerza de exageración el primitivo aspecto grandioso en ridículo y pretencioso. Empezaron á suprimirse los remos en la mayor parte de las embarcaciones, porque la altura de sus bordas no lo permitia y por no tener que mantener y soportar las turbulentas *chusmas*, y como los mástiles iban creciendo en altura á medida que se agrandaban los cascos, hubiéronse de formar de varias piezas, empalmándolos de varios modos y colocando alrededor de esta union unas plataformas donde podian mantenerse algunos marineros para ejecutar las maniobras.

Eran dichas plataformas circulares y con un antepecho ó barandilla, y como embarazaban bastante se han sustituido hoy por las *cofas*.

Resultando por la altura de los palos demasiado grandes las *entenas* de las velas latinas, cambiáronse estas en velas *cuadras* aseguradas á unas vergas cortas que se podian arriar sobre la cubierta. Como la galera era la embarcación mas comun en la armada de guerra, sirvió su tipo para la denominación de los barcos mayores que se construyeron despues, llamándolos *galeazas*, *galeones* y *navíos*, voz que se aplicaba tambien en general á toda clase de embarcaciones de alto bordo.

Los galeones tenian cuatro palos: tres verticales ó algo inclinados y uno casi horizontal que se llama *bauprés*. En este como en los demás llevaban velas cuadras y en el de *mesana* ó *popa* una gran vela latina llamada de *artimon*. El aparejo de los navíos era el mismo y todos se distinguian por lo sumamente complicados que eran, pues la multitud de cabos que iban de una parte á otra con verdadera profusion les hacia semejarse á una telaraña. Los galeones y navíos iban armados de numerosa artillería; en sus costados internos, de baterías compuestas de cañones, y en los externos y castillos, de pedreros y culebrinas. El tamaño de los *galeones* era poco mayor que el de los bergantines modernos, y el de los navíos próximamente el de las corbetas ó pequeñas fragatas de guerra.

El dibujo que presentamos está tomado de unos grabados de la época, que no dejan duda de su escrupulosa exactitud.

En primer término se ve por la popa un *galeon* ricamente decorado, y en segundo término un *navío* cuyas formas fueron cada dia mas sencillas y severas, subordinándolas mas al cálculo que á la belleza artística. Continuaron poco mas ó menos decorados estos barcos y modificándose paulatinamente hasta mediados del siglo XVIII, en que rápidamente fueron perdiendo su carácter aparatoso y romántico á medida que iban creciendo en dimensiones. El *Real Carlos*, construido en 1752, fué de los últimos navíos cuyas proas y popas estaban ricamente adornadas de magníficas esculturas hechas por inteligentes artistas.